

Hace unos 35 años sobre 1970 un joven alpinista austriaco llamado WOLFGANG KRAUSNEKER viajó hasta los Pirineos para ascender sus picos, disfrutar sus montañas y, de paso, conocer sus pueblos y las gentes que en ellos habitan.

Cuenta historias de pastores, rebaños, gente amable, convivencia en los refugios... experiencias que al fin y al cabo hacen posible que nuestro joven alpinista se forje una idea positiva hacia los pobladores de estas montañas y que todavía perdura en su memoria.

La casualidad o como ustedes quieran llamarlo hizo que WOLF se “perdiera” por esa carretera de La Guarguera y que aparcara su furgoneta Wolskwagen justo a la entrada de un lugar llamado LASAOSA.

Tomó una pequeña cantidad de alimentos como todo buen montañero que se precie y andando recorrió los 200 metros que le separaban del pueblo...

Otoño de 2010, un día soleado y pintado de colores, un vecino del pueblo se afana en la limpieza de una acequia, el proyecto de recuperación del núcleo ha comenzado y todo el trabajo está por hacer.

Un señor alto, de pelo cano, barba cana, camisa granate, pantalón gris y tirantes, saluda de forma muy correcta al afanado vecino y comienza una agradable conversación entre ambos que termina con un intercambio de las direcciones postales.

Entre medio ha quedado claro que en Austria los pueblos no se deshabitan y que la gente no tiene que marchar...

Otoño de 2011, hoy el día está lluvioso y hace un poco de frío.

La furgoneta Wolskwagen se detiene en la puerta de la vivienda de aquél vecino que limpiaba la acequia y aparece nuestro amigo Wolf . Se presenta y saluda con mucha corrección (como siempre lo hará) y le cuenta su pequeña-gran historia:

Aquél día de 1970 el joven austriaco paseó por las calles vacías del lugar de Lasaosa, las puertas estaban abiertas y los patios empedrados todavía guardaban los aperos y utensilios de trabajo. Parecía que la gente había huido como escapando de la peste ya que estaba todo intacto pero no se oían voces, no se sentía a los zagales correr y a los viejos soñar, los campos yermos y el huerto sin cultivar. No había gallinas, ni perros, ni gatos y los árboles frutales se empezaban a secar.

El alpinista volvió a su país sorprendido por esta situación que nunca llegó a comprender y que por mucho que intentaba explicar sus amigos no llegaban a creer.

El motivo de esta visita era para devolver unos objetos que había cogido aquél año de 1970 y que durante más de 30 años habían ocupado las paredes de la entrada de su casa, todo en perfecto orden y limpieza como corresponde a un buen austriaco.

Estaba contento por el proyecto de recuperación del núcleo y pensó que su forma de colaborar pasaba por devolver a su lugar de origen todos esos objetos aún siendo consciente de que ya no se volverían a utilizar como antes.

Estos son los objetos y las herramientas que ustedes pueden ver aquí ahora y que representan una forma de vida que todavía perdura en la memoria de algunos (cada vez menos).

P.D. Desde el año 2011 WOLFGANG KRAUSNEKER acude todos los años durante dos meses al lugar de Lasaosa a colaborar en el proyecto de recuperación. Ha identificado todos los edificios mediante unas placas de cerámica que elabora él mismo durante el invierno en Viena. Ha construido la puerta para la herrería y las dos ventanas. Limpia, desbroza y llena de vida este pequeño lugar con su presencia y cariño hacia el pueblo y hacia sus gentes.